

08.

Blanca Estela Treviño García (coord.), *Aproximaciones a la escritura autobiográfica.*

México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Bonilla Artigas Editores, 2016, 438, p.

ISBN: 978-607-8450-54-1 (Bonilla Artigas Editores), ISBN 978-607-02-8227-0 (UNAM).

La fascinación que provoca un texto que apunta a la vida de su autor, a sus pensamientos, a sus recuerdos, a su trabajo e incluso a su escritura misma, se sustenta siempre en tensiones: tensiones entre lector, texto y autor, desde luego, pero también entre la pretensión de veracidad y las marcas de ficción, entre referencialidad y retórica, entre memoria y olvido, entre lo individual y lo colectivo. Dicho en pocas palabras, tensiones entre la vida, en la amplitud de sus horizontes, y las posibilidades del lenguaje y de la escritura para dar cuenta de ella. Los cruces entre la vida, la escritura y la referencia a lo propio han posicionado los escritos autobiográficos a la vez como innegablemente reveladores y como problemáticos para distintas disciplinas. La historia, la filosofía, los estudios literarios y la psicología, entre otros campos del saber, han cultivado esta fascinación —no exenta de peligros, como se ve— para realizar sus investigaciones. Esto

se traduce en los enormes esfuerzos que en las últimas décadas se han dedicado al estudio teórico de los textos autobiográficos, así como a la persistente crítica metodológica que conllevan. *Aproximaciones a la escritura autobiográfica*, libro coordinado por Blanca Estela Treviño García, se suma a estos esfuerzos. Muestra del trabajo que desde su constitución en 2012 ha llevado a cabo el Seminario de Escritura Autobiográfica de la Facultad de Filosofía de la UNAM, autores adscritos a universidades de diversas partes del mundo hacen frente a este tipo de textos desde múltiples enfoques y a partir de una propuesta amplia de lo que puede considerarse como “escritura autobiográfica”.

Es precisamente la pluralidad uno de los grandes atractivos del libro: pluralidad, en primer lugar, por el amplio abanico de posiciones teóricas representadas, discutidas y puestas en relación, en especial en



su primera sección, “Reflexiones teóricas en torno a la escritura autobiográfica”; en segundo lugar, pluralidad en cuanto a la gama de géneros textuales que tienen cabida, la cual se conjuga con la extensión histórica que abarca el libro en su totalidad. La segunda sección del libro, “Algunas expresiones en torno a la escritura del Yo”, presenta trabajos que analizan, desde los encuentros y desencuentros del discurso hagiográfico novohispano de sor Inés de la Cruz con aquellas reconocidas cartas en las cuales ella misma expuso pasajes de su vida (en un ensayo de Margo Glantz), hasta la discusión del discurso autobiográfico entretejido en textos publicados, entrevistas, apuntes y correspondencia de Juan Rulfo (en el trabajo de Roberto García Bonilla). La última sección, “Homenajes”, avanza todavía más en el tiempo para ofrecernos una mirada a algunos textos de cuatro escritores conmemorados en 2014: la correspondencia editorial de Octavio Paz, la poesía moderna de Efraín Huerta, la narrativa de ficción de José Revueltas y una conferencia del ese año fallecido José Emilio Pacheco son presentadas bajo un enfoque que permite considerar su componente autobiográfico.

Más allá de los autores “clásicos”: una mirada actual

Esta pluralidad es posible gracias a que en el libro se adopta una perspectiva novedosa respecto a los “escritos autobiográficos”. Los trabajos reunidos en el volumen adquieren un cariz propositivo al rebasar las problemáticas expuestas en los ya clásicos estudios de Phillipe Lejeune, Georges Gunsdorf, James Olney, Paul de Man y Paul Ricoeur, autores asiduamente citados en los estudios sobre el tema. Ello se logra tanto en el sentido de traer a cuenta nuevas problemáticas, como en el de trasladar las problemáticas expuestas por estos autores a terrenos que no habían sido previstos. El ensayo con que abre el libro es una muestra clara. Ana Caballé presenta los avances más recientes en el marco teórico con que se aborda la autobiografía y los conecta con consideraciones filosóficas y psicológicas actuales sobre la identidad y con las características de algunos textos autobiográficos contemporáneos. En una interesante revisión teórica que no evade cuestiones como la posibilidad o la imposibilidad de la vida individual y su representación, Caballé pone el acento en la atención que recientemente se ha prestado a las nociones biológicas y neurológicas en el estudio de la identidad y en la conformación del texto autobiográfico.

Podría decirse que si los años ochenta



del siglo XX fueron los años del *pacto autobiográfico* [...], se vio desplazado en los años noventa por el concepto de la *identidad narrativa* definido por Paul Ricoeur en el tercer volumen de su *Temps et récit* y aceptado por el propio Lejeune como eje decisivo en torno al cual pivota la naturaleza del acto autobiográfico. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI están surgiendo nuevas orientaciones, cuyas principales aportaciones proceden del campo de la neurociencia (31).

En la producción autobiográfica actual, Caballé encuentra también una importante insistencia en el cuerpo y lo biológico como elementos fundamentales para dar cuenta de la propia vida, al tiempo que se hace énfasis en la escritura como un “medio de recuperar la homeostasis” (35) y en la fragmentariedad como forma de aproximarse a la propia identidad. De esta manera, la teoría y la escritura autobiográfica contemporáneas traen consigo nuevos enfoques y nuevos retos.

Las condiciones de la escritura autobiográfica en nuestros días es una cuestión abordada también por Claudio Maíz. Después de revisar los orígenes y el desenvolvimiento del humanismo, Maíz se pregunta si permanece en pie el sujeto “autónomo, racional y autodeterminado” después de la crítica que “diversos paradigmas sociales y culturales (marxismo, vanguardias poéticas, psicoanálisis, postestructuralismo)” (113) han hecho a esta concepción del sujeto. Y la pregunta se amplía al conside-

rar las escrituras del yo, pues éstas “serían además de modernas, urbanas, propias de la alta cultura y dirigidas a los miembros de una comunidad que comparte códigos reconocibles. La crítica sustancial de este modelo junto con la cultura de masas hace del yo un espacio menos selectivo para la escritura, ¿hasta su extinción tal como la hemos conocido?” (114). La interrogante queda a disposición del análisis: si los paradigmas que regían la conformación del yo humanista han cambiado, como lo han hecho también la tecnología y las formas de escritura y de comunicación, ¿queda espacio todavía para la escritura autobiográfica tal y como se ha desenvuelto hasta ahora?

Tanto Caballé como Maíz hacen frente a la historicidad a la que está sujeto el discurso autobiográfico. Nos señalan cómo las prácticas de escritura y las nociones sobre el yo no se mantienen inmóviles en el transcurso de los años y cómo los cambios en éstas impactan, tanto el desarrollo de las propuestas teóricas, como la creación, la difusión y la recepción de los textos autobiográficos. La preocupación por situar los textos en su entorno histórico, retórico y conceptual es una característica compartida por todos los artículos del volumen y representa una provechosa guía para el lector interesado en sus materias.



Más allá de la estricta autobiografía: reelaboraciones y nuevos retos

Además de discutir el estado actual de la escritura autobiográfica, otro elemento innovador en el libro es la aplicación de los conceptos y las preguntas abiertas por los estudios “clásicos” de los textos autobiográficos a terrenos nuevos. Mientras Philippe Lejeune, Georges Gunsdorf y James Olney, por ejemplo, se centran principalmente en la autobiografía como un género constituido, histórica y estilísticamente identificable —aunque en buena medida variable—, en este libro se da un paso más y se intenta, por un lado, examinar los alcances que las posturas de estos críticos tienen para el análisis de otros géneros textuales y, por el otro, localizar los límites de tales posturas y enfrentarlas a nuevos retos.

En esta tarea destaca la posibilidad que autores como Luz Aurora Pimentel, Greta Rivara Kamaji y Hugo Enrique del Castillo Reyes encuentran en una propuesta teórica como la de Paul Ricoeur. Más allá de destacar las características de un género como la autobiografía, Ricoeur se da a la tarea de determinar el funcionamiento de la narración y su papel en la configuración identitaria de quien narra su pasado. En el relato sobre nuestro pasado no hay —como ya lo admitían Lejeune,

Gunsdorf, Olney y también el controversial Paul de Man— una trasposición directa de la vida al lenguaje, sino que intervienen la rememoración y la narración en las que —y esto lo remarca especialmente Ricoeur— aspectos como el olvido y la ficción no quedan excluidos. De ahí que el yo autobiográfico no sea una simple transcripción del yo que escribe, sino que es el resultado de un proceso de configuración o, en términos de Sylvia Molloy, un proceso de autfiguración.

Esto es llevado hasta sus últimas consecuencias en “La escritura como mitosis del yo”. Según Ricoeur, el ejercicio autobiográfico parte de una *prefiguración* en la que se elabora un recuerdo desde el presente; a ello le sigue una *configuración* del sujeto a través de la construcción narrativa. Por último, existe una *refiguración* de este sujeto transformado a través del lenguaje, misma que Hugo Enrique del Castillo Reyes, autor del artículo, entiende como una duplicación del yo similar a la mitosis celular.

La evocación del pasado no deja de ser una tentativa creativa desde el presente del indicativo. La mente psíquica construye un yo con el discurso, una mente figural, lo amasa verbalmente, pero ese yo es una versión precaria e incompleta del yo que llevó a cabo las operaciones mentales que dieron orden a los acontecimientos y a las perspectivas para entregarlos a la fijación del texto y a su vez es sólo una imagen del yo que “vivió” los acontecimientos. Lo que se duplica es el



instante de enunciación del recuerdo, pasado con presente que se dirigen a un futuro. No obstante, transcribir esa subjetividad no es ficcionalizarla, la tarea es otra, la intención distinta, en todo caso hay un exorcismo que divide y versiona al yo enunciador con el yo que rememora, no es un parto, es una bipartición, es una mitosis del yo (159).

Luz Aurora Pimentel también parte de ese esquema de tres momentos explorado por Ricoeur. Nos recuerda, en debate directo con la postura del postestructuralista Paul de Man, que la palabra, en el texto autobiográfico, no es simplemente un medio de reproducción o construcción de una imagen, sino que verbaliza las tramas de la memoria y, por lo tanto, su “medio no es solamente retórico sino narrativo” (60). En este sentido, para Pimentel la atención recae en la dimensión temporal, tanto en la prefiguración del recuerdo —que considera como sujeto el funcionamiento del inconsciente—, como en los códigos propios de la narrativa verbal que dan pie a la configuración y la refiguración de la acción humana. Pero, más allá de la *identidad narrativa*, concepto desarrollado antes por Paul Ricoeur, Pimentel considera, con Starobinsky, que el nivel de configuración depende también de un estilo propio; en éste, añade, interactúan ya los elementos característicos de la prefiguración con los requisitos propios de la narración, ambas construcciones ficcionales precisamente por no constituir una trasposición: “si el inconsciente tiene la estructura de la ficción por tener la del discurso y si es en el

discurso del yo donde se revela su verdad, en su estilo, entonces la verdad de la autobiografía está en la ficción misma y por ende en el estilo, esa verdad que aparece independientemente de la intención del autobiógrafo” (69). Por último, el nivel de la refiguración se caracteriza por incluir una ficción más: el lector, a pesar de estar hecho “a imagen y semejanza del yo”, “le devuelve su imagen deformada por venir de otro —Yo *es* otro—” (76).

Al rebasar la mera enumeración de las características y consecuencias textuales e interpretativas del género específico de la autobiografía, en *Aproximaciones a la escritura autobiográfica* las discusiones giran principalmente en torno al encuentro del lenguaje y la memoria. De ahí que nociones como ficción, escritura e identidad sean las protagonistas de los ensayos que se presentan y también que haya cabida para géneros cuya relación con la escritura autobiográfica continúa en exploración. En la misma línea de Ricoeur, Greta Rivara Kamaji intenta un acercamiento al relato testimonial como género que funde las características del relato histórico con aquellas del relato de ficción, sin tratarse de una trama puramente autobiográfica: “el relato testimonial no tiene por objetivo inicial contar o dar cuenta de una vida sino —y he aquí una de sus especificidades— dar cuenta de un acontecimiento histórico pero —nótese este aspecto— lo hace *desde* una vida, desde la experiencia vivida” (12).

Así como se reelabora y discute una propuesta teórica como la de Ricoeur, que es



la que más presencia tiene en el primer apartado del libro, nociones como el “pacto de lectura” de Lejeune constituyen, a pesar de haberse formulado en un sentido más estrecho, un apoyo para las reflexiones de los autores acerca de textos cuya relación con la escritura autobiográfica es problemática. Así, por ejemplo, en el trabajo de Nicholas Cifuentes-Goodbody y Susana Quintanilla sobre “La invención de un libro: *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán” subyace una reflexión acerca de los distintos acercamientos que los lectores podían tener hacia un libro que pasó por numerosas transformaciones antes de publicarse como el cuerpo único que hoy catalogamos como novela. Una de ellas coqueteaba con la idea del texto como un conjunto de “memorias”, entre otras razones por estar esta palabra presente en su subtítulo y por la homonimia entre el narrador-protagonista, “Guzmán”, y el autor (302), características que Lejeune considera condicionantes de un “pacto de lectura” de un texto como material autobiográfico.

Es destacable también la dedicación de la mayoría de los artículos al análisis de textos de autores hispanoamericanos, sobre todo mexicanos. Frente a una supuesta carencia de producción autobiográfica en esta región, según se sostiene comúnmente, los estudios reunidos en el volumen enfocan sus esfuerzos en examinar escritos poco trabajados: tanto aquellos cuyo componente autobiográfico es más bien aceptado —como las memorias, los diarios e incluso las cartas—, como aquellos que —como

ocurre con *El águila y la serpiente* o con los poemarios, por ejemplo— son susceptibles de una lectura autobiográfica, aunque este acercamiento no sea tan evidente. De este modo, lo que parece una limitación geográfica contribuye de hecho a ampliar el estudio, pues se examinan textos antes inexplorados, o bien se aplica un enfoque novedoso a textos bien conocidos. Se desmiente así parcialmente la supuesta laguna de escritura autobiográfica en Hispanoamérica.



La preocupación por la configuración del yo

Quizá la reflexión más presente a lo largo del libro es aquella que parte de la pregunta por las posibilidades del texto para configurar la identidad de su autor. Atraviesa desde el apartado teórico —muestra de ello es el interés de las posiciones teóricas antes delineadas por el papel del lenguaje y la narración en la construcción del sujeto—, hasta los análisis puntuales de memorias, cartas, ensayos y poemas de los dos siguientes apartados. Bajo la pregunta sobre el papel configurador del texto autobiográfico, Gustavo Jiménez Aguirre analiza el alcance que tuvieron la correspondencia privada de Amado Nervo, sus cartas publicadas en periódicos y su poesía para la creación de una “iconografía” del autor, la construcción de una imagen que a veces reforzaba y a veces contrariaba la imagen pública que éste ostentaba en su recepción. Relaciones similares analiza Vicente Quirarte respecto a la relación entre el yo poético de la obra de Gilberto Owen y la mitología que sobre él mantuvieron los Contemporáneos. En la misma línea, Rafael Olea Franco propone considerar una conferencia de José Emilio Pacheco, publicada en 1965 como parte del volumen *Los narradores ante su público*, como una “autobiografía intelectual”: “su ensayo asume las funciones de lo que llamo aquí una autobiografía intelectual, pues la auto-

figuración del yo a cargo de la voz enunciativa tiende a construir, para sí mismo y para los otros, la imagen intelectual de un escritor, así sea éste incipiente” (412). Y tampoco en aquellos escritos cuya cualidad autobiográfica no está puesta a discusión, las posibilidades configuradoras de la escritura se dan por sentadas. En una interesante reflexión sobre el desdoblamiento discursivo del yo en las *Memorias de España 1937*, Carlos Alberto Gutiérrez Martínez analiza, apoyándose principalmente en herramientas de Ricoeur y de Benveniste, la forma en que “la presencia discursiva del yo” en el texto lo “transforma, más que en un personaje, en una instancia de enunciación o en un sujeto que se construye a partir de las acciones que de sí mismo relata” (343).

En general, puede afirmarse que el libro entero parte de considerar el texto autobiográfico como una especie de laboratorio del yo en el que no existe simple referencia transparente a la vida de su autor. No se trata de una vida hecha palabras, como si el proceso fuera un vertido automático del yo en la letra, sino que la verbalización construye: es muestra y desarrollo de una configuración de un yo.



La esfera privada y la esfera pública: intimidad, individualidad, colectividad

Otra preocupación que atraviesa el libro entero es aquella que encara la tensión entre los ámbitos público y colectivo y los ámbitos individual y privado de los escritos examinados. Aunque desarrollar a fondo esta cuestión, con sus límites bien delineados, excede los alcances de una reseña, es conveniente detenerse en lo que los diversos artículos afirman al respecto. Esta preocupación aparecía ya desde una faceta referencial en la consideración de Greta Rivara Kamaji del relato testimonial como un relato que da cuenta de un acontecimiento que rebasa los límites individuales (132). Una intención similar encuentra Carmen Elisa Acosta en *El diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840-1841*, en el que María Martínez de Nisser muestra “un yo que representa a un nosotros y los enemigos, lo que legitima su voz como la de quien es consciente de pertenecer a una colectividad y que tiene la necesidad de, en su condición de letrada, contar la historia” (191). Por su parte, Pablo Mora interpreta *Memorias, reliquias y retratos* de Juan de Dios Peza como “un álbum autobiográfico que oculta un guión para un gran foro en donde cada uno de sus actores y actos, referido a la vida literaria, está dirigido a conformar una gran trama civil; dar testimonio, ser la escritura, de un

gran álbum de recuerdos de la república letrada” (221). En el mismo tono, Horacio Molano Nucamedi considera tres ámbitos de las memorias de Enrique González Martínez que sobrepasan lo individual: el familiar, el social y el nacional. Y, al igual que en estos géneros, cuya dimensión autobiográfica es más bien evidente, existen cruces entre la memoria, el filtro individual y los acontecimientos históricos en otros géneros. Es desde este enfoque que Miguel Ángel Castro nos ofrece una lectura de *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, donde Luis G. Urbina proyecta el México que vivió a través de un texto que conjuga el interés de la crónica por los acontecimientos externos al sujeto y la inclinación memorística de los escritos autobiográficos.

En una reflexión que retoma las consideraciones acerca de los límites de lo individual y lo íntimo, Mónica Quijano Velasco se pregunta por los cruces y las fronteras epistemológicas y textuales entre la autobiografía y la biografía. Desde un enfoque pragmático, esta autora discute los recursos que, por un lado, permiten al sujeto hablar de sí mismo de forma legítima y, por el otro, condicionan al biógrafo a escribir desde un código compartido por una comunidad interpretativa para dar efectividad a su narración. La intimidad, nos recuerda Quijano, no es terreno exclusivo de la referencia autobiográfica, sino que puede recuperarse por la escritura biográfica y manifestarse en ella a partir de recursos como la psico-narración y las marcas hipotéticas (140).



En otro plano, las dimensiones íntima, individual y colectiva son examinadas desde los puntos de vista de la circulación y la recepción de los escritos. Aunque es un tema abordado en la mayoría de los ensayos del volumen, sobresale especialmente en aquellos que se dedican al estudio del género epistolar, en el que, como bien señala Adolfo Castañón, “confluyen las esferas privada y la pública” (313). Recorrer la línea de la correspondencia no es solamente transitar por la expresión que su autor hace de sí desde la escritura, sino también observar un camino comunicativo y de interacción entre letras y entre personas. Es el señalamiento que hace Castañón respecto a las cartas cruzadas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes: “De la misma manera en que un espejo frente a otro produce un desdoblamiento al infinito del objeto que en cada uno de ellos se refleja, así esta correspondencia debe ser leída como un espejo espiral que se extiende y prolonga en el tiempo, las personas, objetos y circunstancias cobran una dimensión múltiple y compleja, viva” (325). Y es también la relación que Dulce María Adame Gómez pone de manifiesto en su interesante trabajo sobre el género epistolar en las publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX. Aunado a un amplio *corpus*, el trabajo de Adame Gómez tiene la virtud de conjugar el análisis histórico con cuidadosas reflexiones sobre el soporte material de este género y sus implicaciones tanto para la circulación como para la escritura. Esto le permite observar los cruces entre la esfera pública y la privada: “Si bien es cierto que las cartas que revisamos en esta

exposición se inscriben más en el ámbito de lo público, no cabe duda que en algunas de ellas sigue estando presente la intención por parte de los emisores-escritores de mantener un vínculo cercano e íntimo con el lector, con el gran público” (213).

La reflexión sobre los soportes y los medios de la palabra adquiere una interesante elaboración en el ensayo de Sara Poot Herrera, en el que no se soslaya la peculiaridad que el procedimiento del dictado imprime a los trabajos de Juan José Arreola, tanto en el nivel del método de elaboración colaborativa y de edición textual, como, en el caso de *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947) contada a Fernando del Paso*, en el nivel del trazado de su trayectoria vital. El procedimiento del dictado en este último caso, nos señala la autora, representa una conjunción del género biográfico y el autobiográfico, por un lado, y, por el otro, de la oralidad y la escritura, cuyas consecuencias no deben ignorarse.



Discusiones abiertas

Como lectores de *Aproximaciones a la escritura autobiográfica* cabe cuestionar, no obstante, si la amplitud de una categoría como “escritura autobiográfica” resulta siempre conveniente para el estudio de los textos. Y es que una aplicación poco cuidadosa del concepto puede acarrear conclusiones interpretativas importantes. El sentido de “autobiográfico”, sus acotaciones y sus alcances es una pregunta latente que acompaña la lectura entera del volumen, especialmente la de artículos que, como el de Eugenia Revueltas (“Resonancias: relaciones entre biografía, realidad y ficción”), presentan reflexiones sobre los cruces entre textos literarios y la vida de sus autores. Es una cuestión que no escapa a Israel Ramírez respecto al análisis de la poesía moderna.

Así como se suele identificar el arte poética de un autor entre los volúmenes de sus obras publicadas, hay que ser cautelosos al distinguir los poemas autobiográficos de un escritor. Por una parte, la exigencia es rebasar la mera identificación de rasgos biográficos en la obra, pero el riesgo es caer en el exceso de juzgar al poema sólo en función de la vida del autor. En una época donde todo parece registrarse, todo se archiva y todo es factible de ser consultado en fechas posteriores, la reproducción de la

memoria, la conformación de la identidad y la construcción del yo en la poesía moderna se advierte como un tema de amplia relevancia (394).

Por su parte, Alberto Vital y Alejandro Saché Shuttera presentan una llamativa propuesta para distinguir entre los textos testimoniales y los textos ficcionales de Victoriano Salado Álvarez. Mediante las nociones opuestas de “acción única” y “acción iterativa”, estos autores examinan las tramas de los textos bajo la hipótesis de que lo no iterativo, lo excepcional, es una marca de lo ficcional, pues las memorias se elaboran a partir de comportamientos cotidianos. Es una hipótesis que puede, desde luego, ponerse en duda, pues no sobran contraejemplos; no obstante, su trabajo expone que en los textos no se siguen siempre distinciones precisas, sino que en ellos existe también “contaminación”.

Ahora bien, la pregunta por el sentido de lo “autobiográfico” surge incluso en aquellos textos cuya relación con el yo es evidente. Que el ensayo parte de un yo que elabora un discurso generalmente no ficcionalizado es claro, pero que “ese yo ensayístico se expresa con frecuencia en un discurso híbrido y se objetiva en una suerte de confesión indirecta, confesión en segundo grado” (83), como expone Ana Bungard en su artículo, es una cuestión compleja, pues cabe interrogarnos: ¿en qué terreno se instalan los linderos de lo confesional? Que la correspondencia responde a una necesidad comunicativa en



la que un sujeto da cuenta de sus motivos e intereses es evidente, pero ¿cómo podemos sobrepasar la consideración de la correspondencia editorial —por ejemplo, de Octavio Paz con su editor (presentada por Aurora Díez-Canedo F.)— como un cúmulo de datos y fechas para concebirla como una “escritura autobiográfica” en un sentido más amplio? Y todavía más: ¿valdría la pena hacerlo?

Son discusiones que irremediablemente suscita un libro como éste y que deja abiertas, para provecho de futuros análisis, gracias a la pluralidad de posturas e interpretaciones presentadas. Podemos traer a cuenta la idea de Fernando Curiel, cuando afirma que estamos frente a un nuevo capítulo en los estudios literarios, en el que la dimensión vital —incluso aquella que no consideramos íntima— de los textos no puede ser desechada de oficio (291-292). Pero no pueden tampoco evadirse otras preguntas: ¿en qué medida el yo que escribe y el yo que vive es el yo que entrega el texto?, ¿en qué medida no lo es?, ¿cómo se interrelacionan texto y escritor?, ¿cuál es el papel del lector-intérprete en la definición de lo autobiográfico? Las respuestas que se observan en este libro son, como he apuntado antes, plurales: desde la relación entre cuerpo, conciencia y autobiografía que delinea Caballé, hasta la mitosis del yo producto de la escritura que observa Hugo Enrique del Castillo; desde el yo configurado a través de un proceso psicológico, estilístico y narrativo que advierte Luz Aurora Pimentel, hasta la vida pública y el pensamiento político

que resultan esclarecedores para la lectura plena de la obra de un autor, como observa Fernando Curiel. La tensión entre vida y lenguaje no ha dejado, ni con los avances de la tecnología, la ciencia y la teoría, de ser intrigante. Y son trabajos como los de *Aproximaciones a la escritura autobiográfica* los que mantienen el debate vivo y andando ■

Patricia Georgina Rico
Universidad Nacional
Autónoma de México

